

Cuando las infecciones hicieron historia

Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935

PEDRO ADRIÁN ZULUAGA

Editorial Pontificia Universidad Javeriana, colección Literaturas en Debate, Bogotá, 2012, 165 págs.

EL NACIMIENTO de una nación puede ser complejo y doloroso. Más aún en lo que respecta a sus valores estéticos y a los discursos que, desde distintos sectores, configuran el sentimiento de quienes se sienten partícipes, fundadores o reformadores de ese territorio al que quiere llamarse patria. El libro *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*, de Pedro Adrián Zuluaga, es una encrucijada sobre las formas de ver la enfermedad en nuestro país.

El texto es relevante a la hora de dar pistas sobre los diferentes discursos en torno a la enfermedad desde la medicina, la literatura y la política en el contexto histórico de fin del siglo XIX y principios del siglo XX. Dos novelas delimitan el periodo de estudio escogido por el autor, *De sobremesa* (1896) de José Asunción Silva y *El criminal* (1935) de José Antonio Osorio Lizarazo. Zuluaga señala, haciendo referencia a lo que dice el crítico Ángel Rama sobre la modernidad, que la literatura en este periodo cumple “una función ideologizante en un contexto social y político que así lo demandaba” (cursivas del autor, pág. 26).

En la introducción hay un recuento de las teorías críticas y autores a los que recurrirá para analizar la época, en las que predominan las teorías de sociocrítica, sociología de la literatura, y sistemas, estructuras o conceptos como *visión del mundo*. No en vano este aparato crítico es utilizado para investigar en las obras literarias, pues es evidente que hay homologías en otros discursos de un mismo contexto cultural e histórico (para eso basta echar un vistazo a las innumerables referencias en el libro sobre la degeneración racial, la conciencia de clase y el discurso sobre la enfermedad).

En el primer capítulo se dan por-

menores del tipo de discurso político, científico y artístico que predominaron en la época. Asimismo, en el texto se “analiza el estado de formación de estos respectivos campos y el proceso que permitió una medicalización de la sociedad, una vez la medicina alcanzó la suficiente autoridad científica” [pág. 26]. Con estos nuevos conocimientos en medicina a los que se refiere, el autor busca explicar el proceso de politización de los discursos sobre la enfermedad.

Se hace referencia al nacimiento de las distintas escuelas de medicina, en la segunda mitad del siglo XIX, y de revistas como la *Revista Médica* (1873-1922) y los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín* (1887-1913). Señala que estos cambios no solo operaron para campañas de salubridad, sino que también se estableció “un escenario de luchas por la legitimidad cultural para hablar sobre el cuerpo y sus anomalías, en el que participaron los nuevos saberes positivistas, la Iglesia, el poder político y, por supuesto, los artistas” [pág. 33]. Añade, además, que un síntoma de estas luchas es la oposición entre el discurso científico y el artístico a fines del siglo XIX. No es muy difícil encontrar una relevancia de este debate entre medicina y arte en la novela *De sobremesa*.

A partir del segundo capítulo, Zuluaga analiza al detalle cada una de las novelas según su propio discurso, las alusiones a la enfermedad (una ‘excepción artística’, que recuerda al *spleen* de Baudelaire y al concepto de arte de las novelas de Huysmans, en *De sobremesa*; la lepra en *Amelia*; y la sífilis en *El criminal*) y la politización evidente en los imaginarios y las ideologías debido a los nuevos conocimientos científicos y al prestigio de la ciencia. El fin del siglo XIX fue fundamental para la transformación de la medicina en una disciplina, que permitió implementar a gran escala políticas de salud pública.

En el caso de la novela de Silva, entra en juego el discurso médico como interlocutor del artístico. La novela está vinculada con el tratado *Degeneración* del médico húngaro Max Nordau, en el que se señala que los ‘degenerados’ no son solo prostitutas y delincuentes sino también escritores. El diario de José Fernández, el

protagonista en *De sobremesa*, sería una reacción contra ese discurso de lo anómalo en la sociedad. De esta forma, Fernández, un álgot ego de José Asunción Silva, estaría deslegitimando, desde su posición de excepcionalidad como artista, la “opinión médica” sobre el artista como un enfermo.

Zuluaga hace hincapié en este problema cuando dice que “la proliferación de médicos en la novela acentúa la soledad del poeta, rodeado como está por demasiados hombres prácticos que saben muy bien qué curso dar a su propia vida y a la ajena. Fernández encuentra la complicidad no en su círculo de amigos sino en una cofradía imaginaria de poetas y artistas mediante la cual intenta justificar su existencia” [pág. 89].

En *Amelia* de Guillermo Franky, según el autor, hay ciertas coincidencias con *María* de Jorge Isaacs y la forma en que fue leída esta novela, con los estereotipos patriarcales, tradicionalistas y aristocráticos en boga. *Amelia*, para Zuluaga, aprovecha elementos del melodrama: “la tajante separación entre virtud y vicio, la inocencia amenazada, cierta movilidad social o *agenciamiento* de clase que más que por la educación o el trabajo se da a través del matrimonio por amor” (cursivas del autor, pág. 105). La lepra en la novela es la configuración de un imposible, una postergación de un matrimonio que habría generado un reacomodo social. Como es en el contexto del amor, no de una confrontación abierta, donde se produce la enfermedad, no es la medicina, sino la religión la que habla: “la ciencia fracasa en *Amelia* pero el narrador tiene a mano los consuelos de la religión, y claramente toma partido, por lo menos conscientemente, por una explicación mística de los hechos” [pág. 111].

Al referirse a la sífilis en la novela *El criminal* de José Antonio Osorio Lizarazo, se presentan los discursos de la degeneración de la raza y los paralelos con las descripciones de Osorio Lizarazo, que Zuluaga supone podrían adscribirse a este tipo de polémicas. La sífilis es una señal de su propia exclusión en un sistema que considera de injusticia y anomia.

Para el autor, la enfermedad es en *De sobremesa* un extrañamiento; en *Amelia* es un conflicto que es senti-

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>mentalizado y en <i>El criminal</i> es una expresión de una estructura social injusta. Este recorrido por tres obras literarias y por los variados discursos es un buen ejemplo de los puntos de contacto entre la producción artística y los valores sociales.</p> <p>El libro es fundamental para dar cuenta de las múltiples visiones y contextos en la historia de la literatura en Colombia durante el fin del siglo XIX y principios del siglo XX, de manera particular en lo que se refiere a los valores de uso en los discursos, independientemente de si pertenecen al ámbito político, científico o literario. Es el cronograma sutil de culturas en el proyecto de una nación que veía llegar con confianza (o desconfianza) nuevos valores estéticos desde Europa (la modernidad literaria de Silva) y el avance de los tratamientos y políticas de salud pública con respecto a enfermedades. Estas nuevas perspectivas configuraron imaginarios, tratados, opiniones y obras literarias.</p> <p><i>Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935</i> es el balance de innumerables debates, no del todo conscientes, pero sí evidentes, que dejaron su huella en obras literarias dispares e imprescindibles de nuestro país.</p> <p>Alejandro Córdoba Springstübe</p> <hr/>		